

VIDA DE CAJA

Diario de una obrera del correo



Fanny Díaz

CONTENIDO

ALGO QUEDA

2

¡QUÉ PAQUETE!

6

ESTO TAMBIÉN PASARÁ

12



En la pantalla aparece la calle Primo Levi y por primera vez en horas me permito pensar. Pensamientos sencillos, para no perder tiempo. Es una calle en Jerusalén, pienso. Una calle en la que nunca he estado, o si he estado, no le he puesto atención. Pienso que en general uno no le pone atención a los lugares, y mucho menos a los nombres de las calles. Pienso que en general uno no le pone atención a casi nada.

Cada cierto tiempo me doy algunos segundos para pensar, o más bien para ir tras amagos de pensamientos. Entonces me gusta regodearme en los nombres de las calles. Algunas veces sé la historia, como ahora. Si es un escritor, quizás he leído un libro... o varios. Si es un personaje bíblico o un sabio, puede que haya escuchado un cuento. Intento recordar una frase, pero no siempre es posible. Tampoco hay tiempo para tanto.

Tres turnos de noventa mujeres frente a una máquina procesamos envíos de compras por internet. Es un mundo de lugares, marcas y nombres sin rostro. Un universo en el que solo existen calles y ciudades, o más bien pueblos. Doscientos cincuenta paquetes por hora es la meta. Hay quienes logran más. La mayoría nunca alcanzamos a llegar.

No es necesario, porque todo está perfectamente clasificado, pero intento recordar los nombres de las calles y los pueblos. Intento al menos recordar cómo se escriben. Hay pueblos con nombres de calles y calles con nombres de pueblos. Hay pueblos remotos de los que nunca había escuchado hablar. En esos pueblos la gente (también) hace compras por internet. Y las noventa mujeres por turno, de las que soy una, se encargan de ponerlas camino a casa.

Algunas veces nos equivocamos. Algunas veces me equivoco. Confundo una calle con un pueblo. Confundo las calles con los mismos nombres en infinitudes de ciudades y pueblos.

Algunas veces nos detenemos. Muy pocas. Entonces cruzamos palabras entre nosotras. Mi compañera dice que la gente compra demasiado. Compran cosas por el placer de comprar. Compran por internet cosas que podrían encontrar en la esquina. Pero comprar online da una sensación de poder que no se encuentra en las compras “normales”. No hay curiosos, no necesitas consultar con nadie, puedes pasar horas mirando mercancía sin que ningún vendedor te pregunte si todo está bien ni se impaciente. Y algunas veces simplemente comprar es la única compañía.

Si nadie o casi nadie comprara no tendríamos trabajo. Pero ella dice que es preferible no tener trabajo que mirar cómo tanta gente malgasta su dinero en esas pequeñas porquerías. Y yo concuerdo con ella, solo que no lo digo. No hace falta. No es una conversación. Es un desahogo, una manera de asegurarnos de que aún queda un resquicio de razón.

Aquí hay mujeres que ríen y otras que apenas tienen tiempo para pensar. Algunas que intentan imaginar calles desconocidas que las ayudan a orientarse en la vida y otras que pueden hablar por teléfono mientras envían paquetes, siempre al lugar correcto. Casi todas concordamos en que después de esto ya no dan ganas de comprar online. Es como si te hubieras dado un atracón de tu comida favorita.

Al final del turno, agotados los ojos y sobre todo la cabeza, de tanto no pensar por tantas horas, nos espera el mundo “real”. Aún hay tiempo para despedirse y además desearle suerte al nuevo turno. Sí, esto todavía es un ser humano.

¿QUÉ PAQUETE!



En este lugar donde trabajamos tres turnos de noventa mujeres procesando paquetes de compras por internet hay sobre todo jóvenes, que acaban de salir del ejército o que están pensando su futuro, y mujeres mayores, que ya no tienen muchas posibilidades de encontrar algo mejor. Las de edad intermedia somos una rareza que despierta preguntas en los grupos. De todas formas, no me incomoda. Llamar la atención es una de las pocas constantes en mi vida.

Lo bueno de estar en el medio es que puedo pasearme con libertad entre los grupos que hay aquí, y hay muchos: por edades, por etnicidad, por nacionalidad de origen, por ciudades. Cada grupo parece tener su manera propia de andar por la vida.

Las muchachas árabes son maternales y protectoras. Aun si tengo edad para ser su madre o quizás incluso su abuela, ellas se comportan como si fuera al revés. Una joven religiosa me advierte lo que hice mal y no entiendo. Creo que me reclama, con ese hebreo tan gutural, pero al instante me doy cuenta de que quiere protegerme de posibles reprimendas. Le pido disculpas, mil veces, y ella tan protectora me da un abrazo tímido.

La mayoría de quienes trabajamos aquí somos israelíes, aunque hayamos nacido en cualquier otro sitio. Incluso muchas jóvenes árabes son también israelíes. Pero hay un grupo de muchachas relajadas y risueñas que todos llamamos *israelíes*, básicamente porque nacieron aquí y porque no están interesadas en ninguna otra identidad. Suelen tener un sentido del humor negro, negrísimo, y hacer bromas hasta del sucio del baño. Saben que su paso por este lugar es solo eso, temporal, y hay que tomárselo a broma.

Acaban de salir del ejército. Vienen en grupo a trabajar para ahorrar para el viaje post servicio militar. Unas se irán a Tailandia. Otras se irán a Suramérica, y cuando descubren que hablo español ya nunca más querrán hablar conmigo en hebreo. Al final hacemos un trato: un rato hablamos hebreo y otro rato les enseño español. La mayoría han aprendido lo básico con las telenovelas. Practicamos un español de ningún lado, que junto a los diálogos de guion quizás nadie vaya a entender en las calles de Bogotá, Quito o Buenos Aires. Durante los meses de confinamiento pienso en ellas a menudo: ahora tendrán que quedarse sin su viaje.

Entre las muchachas israelíes, que vienen en todos los colores y formas, hay algunas que se identifican como etíopes. Si bien muchas de estas chicas han nacido en Israel, ellas se ven a sí mismas como etíopes. Por alguna razón, la mayoría no están interesadas en hablar con nadie. Muchas están pegadas al teléfono desde que llegan hasta que se van. Pueden trabajar y hablar por teléfono con toda la tranquilidad del mundo, sin equivocarse. Ellas son de las más rápidas, aunque no tanto como las rusas.

Las rusas, como todo el mundo dice, son las más bellas, las mejor vestidas y las más rápidas y aplicadas. Tienen un extraño apego y lealtad al trabajo. Y también un filo de competitividad que a veces raya en lo aterrador. Con frecuencia se quedan a trabajar también durante los recesos para practicar la velocidad. Hacen competencias entre ellas y se impacientan si les toca alguien lento, como yo, en la misma estación de trabajo.

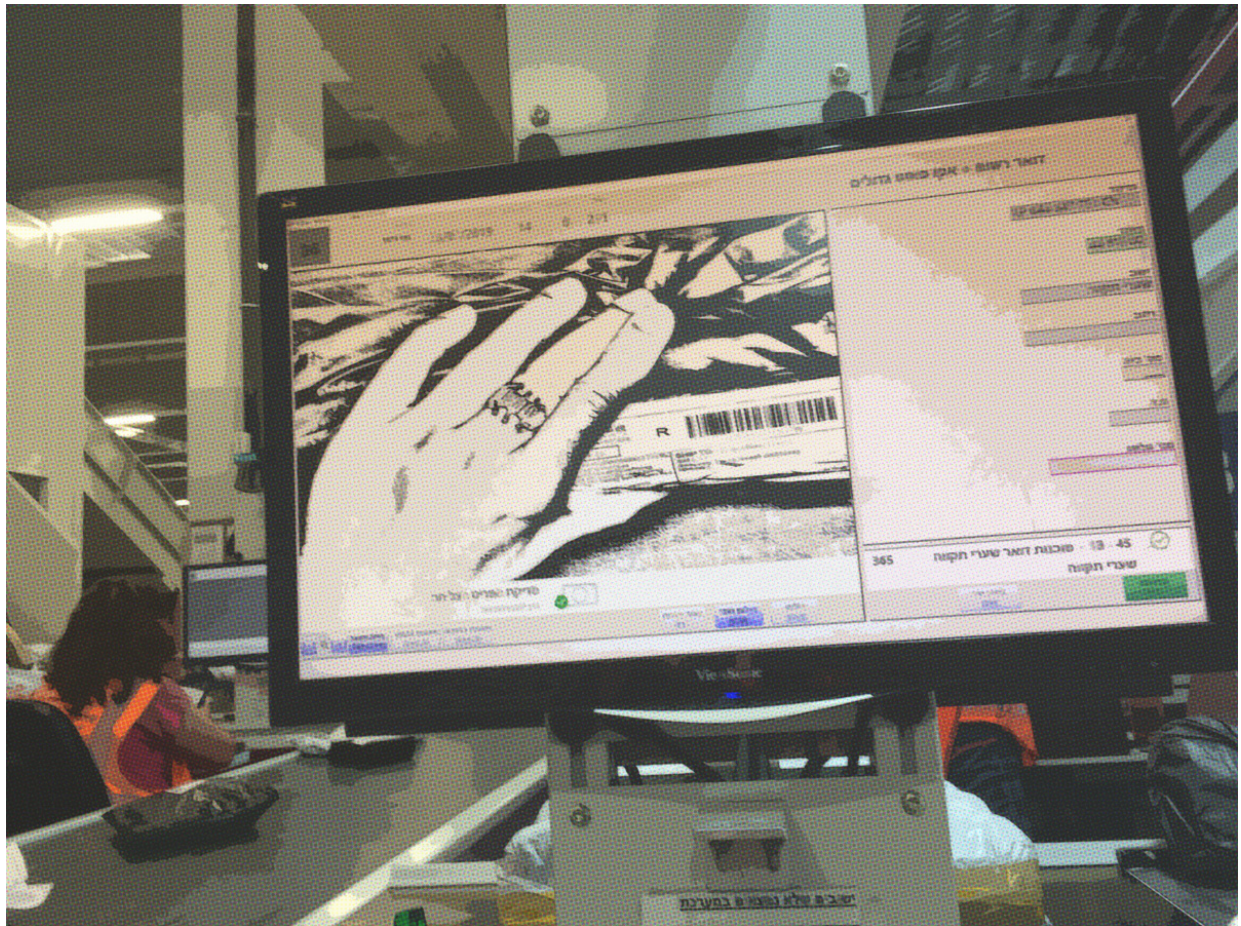
Hay algunas latinoamericanas, pero somos pocas. Para trabajar en ese lugar hay que, primero que nada, no tomarse la vida tan en serio, cosa que –me temo– es casi imposible para una latinoamericana. Por supuesto, también hay que saber leer hebreo o tener una buena intuición del idioma, como las rusas, que aunque no puedan sostener una conversación en hebreo, son totalmente capaces de salir al paso con los códigos y las calles en hebreo. ¿Cómo lo hacen? Quizás tengan una intuición particular o quizás ese idioma tan elaborado que hablan las capacita para habérselas con cualquier otra lengua.

El grupo de mujeres mayores hacen los trabajos más tediosos, como ordenar sobres devueltos. La mayoría de ellas están en edad de retiro, así que solo pueden trabajar jornadas parciales, pero siempre hay una razón para continuar trabajando.

Y finalmente está un grupo que cumple condena por delitos menores o accidentes de tránsito fatales. En lugar de ir a la cárcel deben trabajar cierto número de horas diarias en este lugar. Hay algo ambiguo en sus días, y se nota. A pesar de lo duro de la jornada, cada día trabajado disminuye el número de horas que deben pasar aquí. Cada día es un paso a la libertad. Algunas se sientan juntas, aun sin haberse conocido previamente.

Uno de esos días me toca sentarme frente a ellas a la hora del almuerzo. “Y tú –me pregunta una– ¿qué delito cometiste?”. Al principio no entiendo la pregunta, luego caigo en cuenta de quiénes son. “Eso quisiera saber yo”, contesto.

ESTO TAMBIÉN PASARÁ



Los días pasan como copias uno de otro, excepto por algunas nuevas reglas. Sigo intentando llegar al mínimo requerido pero no lo logro. Al menos ahora casi no me equivoco, si bien alguna que otra vez todavía envío un paquete a un pueblo con un nombre de calle, o al contrario.

Intento también ejercitar la memoria, aunque no sea necesario. Comienzo a reconocer los códigos de pueblos remotos. Hay un lugar en particular en el que todo el mundo parece comprar en línea. O quizás algún algoritmo hace que me toquen tantos paquetes para el mismo sitio. Por los nombres de los compradores, supongo que es una aldea árabe, y supongo también que no hay tiendas ni centros comerciales y por eso lo compran casi todo en línea. O quizás el hecho de vivir en una aldea despierte las ganas de *más*, la ilusión de que a través de comprar en línea tocamos otras partes del mundo.

¿Qué hay tras cada compra?, se pregunta mi lado imaginativo, ese que no puede descansar ni siquiera mientras trata de lograr el número mínimo de paquetes requeridos por hora. Me imagino la cara de los compradores y les invento historias. Algunas veces llegan envíos caros. Una de las nuevas reglas es marcar con un código especial los valorados en más de 75 dólares, que deben pagar impuestos.

Cuando veo un paquete gigante me imagino que es un traje de fiesta. O trajes para toda la familia. Me gusta la idea de sentirme parte de una celebración. Siento que eso me vincula a un propósito mayor. Y en el momento que tengo ese pensamiento sé que estoy cercana a la rendición, que he comenzado a aceptar la ilusión de reto que es tener un trabajo gris con un sueldo aún más gris, pero al menos “algo”. Y ese algo es sinónimo de no hacer un esfuerzo mayor. Es lo que pasa con este tipo de trabajo, que va acabando con tu voluntad de querer más. Te vas acomodando, te vas acostumbrando.

La mañana que decidí dejar el trabajo en el correo no había sucedido nada especial, ninguna señal, ninguna frustración particular que me empujara. Simplemente entendí que no me iba a permitir acomodarme en la vida, que no quería permanecer en un lugar que es una cárcel para algunos.

Esa noche me despedí de algunas compañeras, y como siempre que uno deja un trabajo, nos prometimos estar en contacto. No ha sucedido. No sucederá. Uno de estos días me encontré a un excompañero, parte de los hombres que cargan los paquetes, pero ese es otro lado de la historia que quizás nunca llegue a contar. Me dijo que durante el confinamiento 800 trabajadores habían perdido su empleo.

Ahora pienso en “mis” compradores. Tendrán que esperar. Tendrán que acostumbrarse, como el resto de nosotros, a que el mundo puede cambiar de un día para otro, especialmente un mundo donde casi todo viene de China.

Recuerdo la frustración de mi excompañera de trabajo con tantas compras inútiles. Quizás se esté preguntando si después de todo la vida le dio la razón, o si uno no debería desear mucho algo porque se le puede cumplir. Lo siento por esos trabajadores que creyeron que por fin habían encontrado su lugar en el mundo, y se esforzaron por cumplir las reglas. Me alegro por mí, porque el no acomodarse algunas veces trae sus luces. También esto es para bien, espero.

Por *Fanny Díaz*



Quizás eso es vivir: tomar
conciencia de nosotros
mismos y del entorno.

